


SAINETE

TITULADO

EL LABRADOR Y EL USÍA,

POR

C. A. B.

(PARA DIEZ Y SIETE PERSONAS.)



MADRID.—1869.
LIBRERÍA DE LA SEÑORA VIUDA É HIJOS DE DON JOSÉ CUESTA,
Carretas, núm. 9.

PERSONAS.

JOAQUINA.
MARIQUITA.
DOÑA MARIANA.
DOÑA INÈS.
EL TIO SIMON.
NICOLÁS.

LORENZO.
UN PAYO.
TADEO. ⎫
TOMÁS. ⎬ *Payos.*
PEPE... ⎭
EL MARQUÈS.

EL ALCALDE.
UN COCHERO.
UN MAYORDOMO.
UN LACAYO.
UN PAJE.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE **Eduardo Cuesta**, Factor, 14.

Decoracion de el interior de una casa de labrador; taburetes de madera y un sillon grande antiguo, en medio.

Salen SIMON *de payo rico y* JOAQUINA, *su mujer.*

SIMON. Mujer, mujer, lo que tarda
ese diablo de barbero.
JOAQUINA. Ya vendrá.
SIMON. ¿Tardará mucho
con la peluca, Lorenzo?
JOAQUINA. Qué se yo.
SIMON. Si el marqués llega,
y el marqués vé que no tengo
prevencion, dirá el marqués
que en Olías no sabemos
política.
JOAQUINA. Ya estoy harta
con tanto marquesamiento.

Sale un PAYO, *con un sillon grande.*

SIMON. Si llega su señoría...
Entra, Jorge. ¡Bueno! ¡bueno!
JOAQUINA. ¿Para qué es ese sillon?
SIMON. Para sentarse. Aquí en medio
está bien; no, pónla aquí;
mejor es que la mudemos
á este lado, aquí es mejor.
JOAQUINA. Hombre, tu has perdido el seso.
SIMON. Toma, chico. Adios. Escucha:
si encontrases al barbero,
dile que abrevie.
PAYO. Está bien. (*Vásc.*)
JOAQUINA. Ved aquí un gasto supérfluo.
¿Para qué sirve esta silla?
SIMON. ¿Para qué sirve? Pondremos
á un marqués un taburete
de palo como los nuestros.
¡No faltaba mas! Yo estoy
en todo, y en todo pienso.
JOAQUINA. Ojalá que no pensaras
en nada.
SIMON. ¿Y estarme quieto,
con los dos brazos cruzados,
como tú? ¿Está ya dispuesto
todo? ¿Se ha sacado vino?
¿Está ya asado el carnero?
¿Está la chica vestida?
JOAQUINA. Sí, sí. Jesús, ¡qué mareo!

Sale NICOLÁS.

NICOLÁS. Vámos, señor, aprisita.
SIMON. Vamos: un rape corriendo
mientras viene la peluca.
NICOLÁS. Agua fria.
SIMON. ¿Ahora tenemos
otra detencion? Bañadme
aunque esté el agua hirviendo.
NICOLÁS. Tio Simon, hoy está usted
terrible.
SIMON. Véme poniendo
tú la corbata, mujer,
entre tanto que me afeito.
NICOLÁS. ¿Qué prisa teneis?
SIMON. No es nada
el motivo: que hoy hospedo
al marqués de Montes de Oro,
que es uno de los sugetos
mas visibles de la córte,
que ha de pasar á Toledo
por aquí.
NICOLÁS. Si él os protege,
no necesitais mas terno
de la lotería: es hombre
que vale mucho en el reino.
SIMON. Pues él es quien en persona
hoy viene á mi casa.
NICOLÁS. ¿Él mesmo?
¡Grande honor!
SIMON. Superlativo.
NICOLÁS. Voy á avisar al momento
al pueblo.
SIMON. Su señoría
no viene aquí para el pueblo,
que viene para mí solo.
JOAQUINA. ¿Por tí? Calla, majadero.
SIMON. Ya se vé, que soy su amigo,
y su amigo verdadero.
¡Si vieras como se rie
de mí en Madrid, cuando entro
en su casa; como se
interesa en mis aumentos,
y como pondera á toda
su tertulia mi buen genio!
JOAQUINA. Por hacer burla.
SIMON. ¿Qué burla
puede hacer, ni qué talento
tienes tú, para saber
de tratos ni cumplimientos
entre señores?

Sale LORENZO, *con una peluca en la mano.*

LORENZO. Señor...
SIMON. Vaya que llegais á tiempo.
NICOLÁS. ¿Quién la ha peinado?

SIMON. Este mozo
ha ido de propio á Toledo
á que la peinen.
LORENZO. Tres horas,
por traerla con mas tiento,
he tardado en el camino.
SIMON. Yo te premiaré, Lorenzo.
¿Y ahora, quién me la pondrá,
de modo que ni un cabello
se descomponga?
NICOLÁS. Eso yo.
Sentáos, miradme derecho.
SIMON. Por fuerza he de estar buen mozo
con ella.
NICOLÁS. Traed el espejo
para que se vea.
JOAQUINA. Vaya
á mirarse en el barreño.
SIMON. ¡Habrá mujer mas pollina!
¿Quieres callar? dí.
JOAQUINA. No quiero.
SIMON. ¿A que callas si yo agarro
un garrote? ¡Mas, ay, cielos!
(*Se enfurece y se le cae la peluca.*)
¡Ay, mi peluca de mi alma!
¡Infeliz de mí!
JOAQUINA. Me alegro. (*Se rie.*)
SIMON. Yo te haré llorar, ¡ah, perra!
NICOLÁS. No hay que afligirse por eso,
que con un golpe de peine
yo la compondré al momento.
SIMON. Nicolás mio, por Dios
que lo hagas.
NICOLÁS. Al punto vuelvo.
SIMON. ¡Qué mujer!
NICOLÁS. Y de camino
le diré al ayuntamiento
que el marqués...
SIMON. Vé á componer
la peluca, que es primero
que todo.
NICOLÁS. ¿Llamaba usted? (*Váse.*)
SIMON. No, despacha: ¡qué tormento
es una mujer tan tonta
para un hombre tan discreto!

Sale MARIQUITA.

MARIQ. ¿Padre, estoy buena?
SIMON. Tan linda.
JOAQUINA. ¿Quién te ha dado atrevimiento
para ponerte mi ropa?
MARIQ. Mi padre.
JOAQUINA. Pues yo no quiero.
SIMON. Déjala hablar, déjala.
JOAQUINA. Vé, y quítatela corriendo;
ponte la tuya.
MARIQ. Padre...
SIMON. Calla.
JOAQUINA. Ya sabes mi génio,
no aguardes que te lo mande
otra vez.
MARIQ. Ya os obedezco. (*Váse.*)
JOAQUINA. Y mas valiera, que tú
pensáras en darle luego
estado, y no en tus marqueses,
regalos, y devaneos.
SIMON. Aun es muy niña.
JOAQUINA. Mejor,
con eso nos ahorraremos
que ella nos dé que sentir.
Nicolasito el barbero
la quiere; es muy lindo mozo,
sangra bien, y para aquello
de sacar muelas, y echar
ayudas, no le hay mas diestro
en toda esta tierra.
SIMON. Pues
no es para él, porque yo espero,
que si la toma el marqués
por su cuenta, la veremos
pronto bien acomodada.

Salen de payos con capas TADEO, TOMÁS *y* PEPE.

TADEO. Téngalos usted muy buenos,
tio Simon.
PEPE. Señor Simon,
sea enhorabuena, celebro
que tenga usted la fortuna
por su casa.
TOMÁS. Ya sabemos
todo lo que hay, aunque usted
lo calla.
TADEO. Ya todo el pueblo
sabe que viene el marqués.
SIMON. ¿Pues acaso, majadero,
viene mas que á verme á mí?
LOS TRES. ¿Solo á usted?
JOAQUINA. (*Con ironía.*) Ni mas, ni menos.
Viene á pagar á Simon
las visitas que le ha hecho.
TADEO. Pues háblele usted por mí,
que sabe que somos deudos.
TOMÁS. Yo soy mas pobre; decidle,
que me saque allí un empleo.
PEPE. No, mejor será empeñarle
para que componga el pleito
de la villa.
SIMON. Bien está:
yo le hablaré con empeño
por todos: yo le hablaré,
y él os dejará bien puestos.
Adios, Tomás, adios, Pepe.
LOS DOS. Pues cuidado.
TOMÁS. Y hasta luego.
SIMON. No vengais aquí á estorbar,
porque ya sabeis que hoy tengo
que hacer.
LOS TRES. A la paz de Dios.
SIMON. Si encontráseis al barbero,
decid que me traiga pronto
la peluca.
LOS TRES. Así lo haremos. (*Vanse.*)

Sale Mariquita.

Mariq. ¡Padre, padre, cuántos coches!
¡Cuántos caballos tan bellos!
Mas de treinta bestias vienen
sin contar los caballeros.

Simon. ¡Y yo sin peluca! Anda,
(el marqués) y dí corriendo
abran las puertas, que pongan
á calentar el almuerzo,
que vayan á sacar vino:
¡qué afrenta!

Joaquina. Yo no convengo
que vaya la niña, pues
dicen que á rio revuelto...
No te apartes de aquí.

Simon. Pues tú irás.

Joaquina. Mejor es eso.

Dentro voces. ¡Pára, pára, só, tordilla!...
¡Muchachos, Alonso, Diego!

Joaquina. ¡Ya están ahí! (*Enfadada.*)

Simon. Bien temí yo:
¡dónde me esconderé, cielos!

Salen el Marqués, *el* Mayordomo, *el* Cochero *con botas de montar y látigo, el* Lacayo *y un* Paje.

Marqués. ¡Qué mal lugar, y qué mala
casa! No paro yo un credo
aquí, lo mejor será
ir á comer á Toledo.

Simon. ¡Señor! ¡Señor! No me ha visto.

Marqués. Luego que tomen un pienso
las mulas y la familia,
darás órden que marchemos.

Cochero. Bien está.

Simon. Vueseñoría...

Marqués. No tiene muy mal pellejo
aquella muchacha.

Mariq. ¡Ay madre,
que me mira el caballero!

Joaquina. Estate quieta á este lado.

Simon. El debe de venir ciego. (*Aparte.*)

Marqués. ¿Llegan buenos los dos potros
que se han traido del diestro?

Cochero. Arrogantes.

Marqués. Yo me alegro.

Simon. Mi señor...

Joaquina. Mira tú el caso
que ha hecho de tí, majadero.

Simon. Es que sin peluca
no me conoce.

Mayord. Con efecto,
es la chica muy graciosa.

Marqués. Haz tú que cuiden los perros
de caza.

Simon. ¿Yo? Sí señor.

Marqués. Adios, tio Simon, me alegro
de verle.

Simon. Usía perdone
si indecente me presento.

Marqués. ¿No han llegado las señoras?

Cochero. Como está malo el terreno
de la entrada del lugar,
han rodeado.

Marqués. Vé corriendo
y condúcelas acá. (*Al paje que se vá.*)

Simon. A él le ha picado, en efecto, (*Aparte.*)
el que le reciba así.

Marqués. Parece que estás enfermo,
Simon.

Simon. No señor: la villa...
el pícaro del barbero...
sobre todo la peluca...

Marqués. (*Dirigiéndose á Joaquina.*)
¿Es vuestra mujer?

Simon. Yo creo
que sí, servidora vuestra.

Joaquina. ¡Qué grave que es, y qué tieso! (*Ap.*)

Marqués. ¿Y esta será vuestra hija?

Simon. Si os importare el saberlo,
preguntadlo á mi mujer
que yo no sé lo que tengo.

Marqués. Vamos, querido Simon,
que bien sabeis que os aprecio;
y madama se conoce
que es mujer de gran talento:
ven acá, niña graciosa.

Mayord. Acérquese la veremos
su gracia.

Joaquina. Estate quieta.

Simon. Ven aquí: ¿no estás oyendo
que llama el señor marqués?

Joaquina. Bien está cuanto mas lejos.

Simon. Mas hace su señoría
en llamarla...

Marqués. No pretendo
desagradaros: la chica
me ha gustado con esceso;
pero la madre es cerril.

Salen el Paje, Doña Mariana, Doña Inés *en trajes de camino.*

Paje. Señor, mis amas.

Marqués. ¿Qué es eso,
señoras?

D.ª Mar. Jesús, hermano,
¿es este lugar ó infierno?

Marqués. ¿Qué ha habido?

D.ª Inés. Que no llegamos
á no ser por los cocheros
que la puerta de la huerta
pudieron echar al suelo,
y por allí nos entramos.

D.ª Mar. ¡Pero si vieras, qué miedo
hemos tenido, cruzando
los sembrados, y rompiendo
árboles para llegar
á la casa?

Simon. ¿Cómo es eso?

D.ª Inés. Lo que me ha dado dolor

es aquel plantel de almendros
que ha quedado destruido.

D.ª MAR. Todo queda sin provecho,
pero nuestra conveniencia
es antes que todo.

SIMON. Bueno.

JOAQUINA. Así lo llevára todo
el diantre, y á tí con ello.
¡Mi huerta perdida!

SIMON. Es
imposible: voy á verlo.

MARQUÉS. Aguarda, aguarda, Simon,
que tener el gusto quiero
de presentarte á madamas.
Este es aquel gran sugeto
que os dije: el señor Simon.

D.ª MAR. Ah, ah, ¡qué nombre tan bello!
¿Se llama tambien Simona
su mujer?

MARQUÉS. Lo mas perfecto
es la Simoncita: vedla
qué puesta en tono. Yo apuesto
que hiciera raya en Madrid.

Sale LORENZO.

LORENZO. Señor, todo está dispuesto.

SIMON. Vamos á almorzar, señoras.

D.ª MAR. Nosotras nada queremos.

JOAQUINA. Si está ya la prevencion.

D.ª MAR. De carnaza y de torreznos.

LAS DOS. ¡Qué porquería!

JOAQUINA. ¿Lo ves?
(*Aparte á Simon.*)

MARQUÉS. Vamos que yo, por aprecio
de vos, haré la razon.

SIMON. ¡Yo sin peluca!

MARQUÉS. Poneos
el gorro, Simon, que yo
no gusto de cumplimientos.

SIMON. ¡Yo con gorro, y un marqués
en mi casa!

JOAQUINA. Vaya, entremos
á servir á su señoría.
Mal torozon le dé el cielo. (*Aparte.*)

(*Vánse todos, menos doña Mariana, doña Inés y Mariquita.*

D.ª INÉS. Oyes, la chica es bonita.

D.ª MAR. Ya diera por su pellejo
cualquier cosa la Matilde.
Acércate, hija.

MARIQ. Yo no puedo.

D.ª INÉS. ¿Cómo te llamas?

MARIQ. María
Perez, al servicio vuestro.

D.ª INÉS. Mas linda es que Julia.

D.ª MAR. Mucho.
Y si esta tuviera aquellos
atavíos, otro tanto:
Aguarda, la argentaremos
un poco, saca el color.

D.ª INÉS. Toma, y á fé que es perfecto.

D.ª MAR. Ven acá, hija.

MARIQ. Mi madre
me regañará en viniendo.

D.ª MAR. No vendrá, estate quietita,
inclina un poco ese cuello,
muy bien: vaya, al otro lado.

D.ª INÉS. Aguárdate y la pondremos
mi gorro. Siéntate aquí.

D.ª MAR. Como el color es tan bello
todo le está grandemente.

D.ª INÉS. Si ella tuviera agujeros
en las orejas, la daba
de muy buena gana estos
pendientes.

D.ª MAR. Aquí hay tijeras,
yo se los haré al momento.

MARIQ. ¡Ay, ay!

D.ª MAR. Calla, no seas boba.

MARIQ. ¡Ay, que me duele! no quiero.

D.ª MAR. Calla, tontona. Estos ratos
pasar nosotras solemos
por parecer bien.

D.ª INÉS. Pareces
un ángel.

D.ª MAR. Mira al espejo
qué guapa estás.

MARIQ. ¿Qué diria,
si me viera mi barbero?

Dª MAR. ¿Quieres venirte á Madrid?
Allí tendrás lucimiento,
galas, y algun gran señor
te tomará por cortejo.

MARIQ. Si yo soy solo una pobre
doncella.

D.ª MAR. ¿Qué importa eso?
Tambien nosotras lo somos.

MARIQ. ¿Ustedes? (¡Válgame el cielo!)
¿Tambien son doncellas, y há
que están en Madrid gran tiempo,
donde dicen que á millares
hay tan buenos casamientos?

LAS DOS. ¡Qué tontería! Ah, ah. (*Riéndose.*)

Sale SIMON.

SIMON. Despues de arrancarme el huerto
y destrozarme la fruta,
me han vertido los cocheros
borrachos, por no taparlas,
dos cubas de vino añejo,
y á todo esto, sin peluca.
Si yo no me desespero,
y mato á uno de estos hombres,
será mucho. (*Váse.*)

D.ª MAR. ¡Qué podenco
es tu padre!

MARIQ. Sí, señora.

D.ª INÉS. Es fuerza que te llevemos
á Madrid, que es conciencia
dejarles á los paletos
un tesoro tan precioso.

Sale Nicolás.

Nicolás. Señora Marica, ¿puedo
ver á tu padre? Mas ¡ hola!
¡Qué reluciente te han puesto,
y qué colorada! ¡Zape!
Mariq. Mi padre está echando fuego
por los ojos. Nicolás,
ves á buscarle corriendo.
Nicolás. Tu madre y yo hemos hablado
esta mañana de aquello,
y estaba todo corriente
para antes de Agosto, pero
barbería y escofieta
no caben en un talego.
D.ª Inés. ¿Qué dice este hombre?
Nicolás. Que ustedes,
si quieren divertimiento,
pudieran traer una mona,
que Marica es mucho cuento.
D.ª Mar. Anda á llevar la peluca,
bribon, antes que llamemos
dos lacayos que te quiebren
á palos todos los huesos.
Nicolás. No, pues como yo me enfade... (*Váse.*)
Mariq. Este es mi novio.
D.ª Mar. Por cierto
que tienes muy lindo gusto.
D.ª Inés. ¿Y le quieres?
Mariq. ¿Si le quiero?
¡Toma! ¡Si ustedes le vieran
en los bailes que tenemos
los domingos, como toca
el tiple!
D.ª Mar. ¡Puf! ¡Un barbero!

Sale Joaquina.

Joaquina. Muchacha. ¡Jesús, María!
¿Qué colorines son esos?
Mariq. Las señoras...
Joaquina. ¿Las señoras?
Yo te torceré el pescuezo.

Sale Simon *riñendo con el* Cochero *y el* Lacayo.

Los dos. Muera el payo.
Simon. He de matar
á uno.
D.ª Mar. ¿Qué atrevimiento
es aqueste?
Cochero. ¿A la librea
de un marqués pierde el respeto
de ese modo?
Simon. Que el marqués
tenga criados atentos.
Joaquina. ¿A mi marido?
Mariq. ¿A mi padre?
D.ª Inés. Hermano.
Todos. Señor.

Sale el Marqués.

Marqués. ¿Qué es esto?
D.ª Mar. Que maltrata á tus criados,
en lugar de agradecernos
el honor que se le hace,
ese pícaro...
Marqués. Si el cielo
no me contuviera...
Simon. Yo...
Marqués. Pues como el villano, el puerco,
el rocin...
Simon. Señor usía...
Marqués. Váyase de ahí.
Simon. Yo protesto...

Sale el Paje.

Paje. Señor, ahí está á besaros
los piés el Ayuntamiento.
Marqués. Que entre, y prevengan los coches
y caballos, que no quiero
estar aquí mas.
Simon. La villa...
De vergüenza desfallezco.
Marqués. Me precisa el recibirlos. (*Aparte.*)
por no parecer grosero.

Salen el Alcalde, Tomás *y* Pepe, *con un plato y un ramillete en la mano.*

Alcalde. Finalmente: apunta Pedro.
Muy introito y abominable señor: Excelentísimo señor: Esta antiquísima, nobilísima y humildísima villa viene, iluminada de los rayos de vuestra elocuencia, á daros la bien venida.
Apunta Pedro.
Marqués. Lo estimo.
Alcalde. Pues, como digo á vuestra eminentísima: damos juntamente el parabien á las mis señoras, y las ofrecemos nuestro impotente servicio, como así mismo todos nuestros bienes habidos y por haber, pues los dedicamos á los piés de sus paternidades.
Marqués. ¡Qué brutos! (*Aparte.*)
Alcalde. Hoy nos hallamos con el repentino descencio vuestro, como mariposas de la luz que nos alumbra, con ansietud de manifestar, conferir, y congratular cintatáneos conceptos, la verbosidad nuestra, ofreciéndolos todos á los piés de vuestra reverendísima.
Marqués. Ya me falta la paciencia. (*Aparte.*)
Alcalde. Apunta Pedro.
Quisiéramos que la estrella de Venus y Júpiter Capitolino hicieran su mansion por estos dias en vuestro pueblo, y alumbrase y quemase las tinieblas de nuestros corazones: y para mejor

enseñaros, todos los Dioses de la antigüedad os colmasen, y que lleno vuestro corazon del Dios Mercurio, fuese vivo retrato de la mejor dulzura: ofrecemos nuestros servicios, aunque toscos á vuestra superlativa, superabundante y peripaténtica persona: y comprendiendo este ofrecimiento á todo el lugar, quisiéramos que entre bueyes, cabras, borricos y toda suerte de animales terrestres y campestres se viese vuestra ilustrísima persona, como cabeza mayor que sois de todos los animales inracionales y racionales, como dueño y señor del pueblo.

MARQUÉS. No puedo ya sufrir mas. (*Aparte.*)
¿Habeis acabado?

ALCALDE. Falta poco. Apunta Pedro.
Y logrando veros coronado de nuestras salvagerónimas espresiones, esperamos profundatísimo señor, que acepteis el precordinatísimo, armónico, aromático y circumbático rendimiento que hacemos á Useñoría ilustrísima. *Dixi.*

MARQUÉS. Basta: yo lo estimo mucho,
y reconozco el afecto
de la villa, mi señora.

TADEO. El alcalde Juan Mateo
es un animal, señor,
y los otros poco menos,
que no saben esplicarse.
Y así, yo solo pretendo
el que os comais este plato
de natas: bien podeis verlo:
daca ese plato.

SIMON. Puf:
no está sino en el suelo.

MARQUÉS. Hola,
que les dén cuarenta pesos
y beban á mi salud.

ALCALDE. Señor, lo que pretendemos
solo es vuestra proteccion
para el lugar.

MARQUÉS. Yo os lo ofrezco,
sin embargo que teneis
un vecino tan perverso.

TODOS. ¿Y quién es?

MARQUÉS. El tio Simon.

PAYOS. Perdonadle.

MARQUÉS. Vuestro ruego
le valga, si no que á palos
le habian de dejar muerto.
Los coches: adios, amigos.
(*Váse y los criados.*)

D.ª MAR. Abur, chica; ya enviaremos
por tí. (*Vánse las dos.*)

TADEO. Tio Simon, andad,
yo le hablaré con empeño
por todos.

SIMON. Andad al diablo

PEPE. Es mi amigo verdadero
el marqués.

SIMON. Anda, soplon.

ALCALDE. Yo le mando.

SIMON. Apunta, Pedro.
Idos á aprender la arenga.

PAYOS. Idos á tomar el fresco. (*Vánse.*)

SIMON. Válgame Dios.

JOAQUINA. Has quedado,
marido, con lucimiento.

SIMON. Si yo le hablára en mi vida...

JOAQUINA. Ese será mayor yerro,
que es preciso que le vayas
á dar gracias luego, luego.

SIMON. ¡Yo darle gracias! ¿De qué?

JOAQUINA. Del daño que nos ha hecho.

Sale NICOLÁS.

NICOLÁS. Aquí teneis la peluca.

SIMON. Reniego de ella, y reniego
de tí, y toda mi casta.

JOAQUINA. Sosiégate, majadero.
y démosle á Mariquita
para vivir con sosiego.

NICOLÁS. En lavándola la cara,
y poniéndomela en pelo
natural, que con adornos
que afrentan, yo no la quiero.

SIMON. Yo se la doy al instante,
con tal que haga juramento
de no afeitar á marqueses.

NICOLÁS. Sí señor, yo lo prometo.

SIMON. Ventosas, siempre que puedas
echárselas.

JOAQUINA. No seas necio.

FIN.